

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

*

PUBLICACION MENSUAL DE LOS SERVICIOS CULTURALES
DE LA
EXCELENTISIMA DIPUTACION PROVINCIAL DE CACERES

*

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas
Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

La vida madrileña a fines del siglo XIX (III) ...	<i>Eduardo H. Pacheco.</i>
Ideario extremeño.....	<i>Donoso Cortés.</i>
La palabra clásica y la palabra romántica	<i>Pedro Caba.</i>
Poemas cortos: Yo cabalgo en mi caballo....	<i>Félix Valverde Grimaldi.</i>
Elogio de la camilla.....	<i>Francisco Pitarque.</i>
Olvidar	<i>María Blasco.</i>
Plazuelas cacereñas: «San Mateo».....	<i>García Durán Muñoz.</i>
El amigo	<i>Alejandro Gago.</i>
<i>Stabat Mater</i>	<i>Santos Sánchez Marín.</i>
Cáceres, viejo Cáceres.....	<i>Fernando Pérez Marqués.</i>
Ecos de la musa popular	<i>Juan Luis Cordero.</i>
El sagrario.....	<i>Francisco Masso.</i>
Ovación, oreja y... la mano de una mujer (Cuento)	<i>«Danhur».</i>
Página poética: Romance de Badajoz.—Una noche de San Juan	<i>Antonio López Martínez.</i>
Localidades turísticas de Extremadura: Alange.	<i>José A. Sáenz de Buruaga.</i>
Fábula.—La motocicleta y el autogiro.....	<i>Juan José Velo y Nieto.</i>
Y esto en serio: A media noche.....	<i>Luis Montalbán.</i>
Crítica sin hiel.....	<i>Un aprendiz de hablista.</i>
Alegria del mar.....	<i>Alberto Oliart y Saussols.</i>
Mirador: Crónica	<i>Curio O'Xillo.</i>
Al margen de los libros	<i>Jesús Delgado.</i>
Notas breves: De dentro y de fuera.....	<i>José de la Peña.</i>
Noticia de Revistas	<i>C. R.</i>
Láminas.....	<i>Caricatura de Burgos Capdevielle y fotos de Arribas, Javier y Herberos.</i>

ALCANTARA

AÑO VI

30 NOVIEMBRE 1950

NÚM. 37

LA VIDA MADRILEÑA A FINES DEL SIGLO XIX

III (1)

MÚSICA

Las calles madrileñas eran parajes de casi constantes audiciones musicales de pequeñas bandas o reducidas orquestas, de organillos, o sea pianos de manubrio, y de músicos ambulantes pediguños.

Las murgas eran bandas compuestas de unos seis u ocho músicos que soplaban en instrumentos de metal o de madera, constituyendo comunidades ruidosas que solemnizaban ciertos actos públicos, tales como apertura de tiendas de comestibles, restaurantes económicos, carnicerías, tabernas, etc., contribuyendo a la propaganda del establecimiento y dando lugar a bailoteos callejeros de las mocitas del barrio. Acudían asimismo a dar serenatas a personajes populares, tales como concejales y alcaldes de barrio, en busca y captura de unas pesetillas y algún vaso de morapio. No faltaban en las solemnidades de las afueras ni en las fiestas de los pueblos cercanos a la capital.

Menos en número eran las pequeñas orquestas de ciegos, instrumentados a base de violines y violonchelo. Ejecutaban con gran acierto y armonía programas de música clásica, estacionándose durante las primeras horas de la noche en parajes adecuados de las calles del centro de la capital. Personaje importante era el lazarillo, generalmente hombre formal ya entrado en años y de la confianza de los instrumentistas, el cual ejercía las importantes funciones de recaudador de las monedas que el público filarmónico depositaba voluntariamente en un platillo metálico que era vaciado periódica-

(1) La 1.ª y 2.ª parte de este trabajo aparecieron en los números 31 y 34 de esta Revista.

mente en el bolsillo del jefe o director del grupo. Terminado el programa marchaba en fila con la música a otra parte.

Eran abundantes los músicos aislados mendicantes. Los estaban, en su mayoría ciegos, ocupaban consuetudinariamente el mismo sitio callejero en determinadas horas del día o de la noche, con su guitarrillo, flautín, ocarina o acordeón, teniendo su parroquia limosnera. Más ruidosos eran los músicos ambulantes, algunos con instrumentos estrepitosos tales como cornetín o trombón, que hacían recorrido diario atronando al vecindario.

Los pianos de manubrio, montados en carritos adecuados del que tiraban dos pícaros chulescos, recorrían a todas horas la urbe, y estacionándose, repetían las piezas musicales de actualidad, para aprendizaje de maritornes y calandrias de fogón. El vecindario acabó por protestar airado de tan persistente molestia, costando trabajo reducir el martilleo músico al ámbito de los merenderos de las afueras de la villa.

Al final del primer decenio del siglo actual, toda la musiquería callejera fué desapareciendo ante el tránsito intensivo en la ciudad, especialmente del automovilismo; contribuyendo, en gran parte, a la desaparición, en la vía pública, de los instrumentistas profesionales, el rápido desarrollo del fonógrafo y demás máquinas automáticas musicales. Los ciegos se organizaron como clase inválida, y buscaron como medio de vida a los colegas de desgracia menesterosos, una lotería especial, bien administrada, que el Estado con humanitaria comprensión autorizó en beneficio de la desgraciada clase, que ella se encargó de propagar y sostener: ¡El de la suerte, veinte iguales, mañana sale!

Un período de fiesta, algazara y retozo popular, era el carnaval, que desapareció a consecuencia de la guerra civil que hemos sufrido últimamente: Ya estaba en gran decadencia pero no acababa de terminar.

En la época que vengo analizando se caracterizaba el carnaval madrileño por los bailes bullangueros en algunos teatros, tales como el de la Zarzuela, en donde se comía y bebía en exceso en los palcos, a pesar de lo cual no solía haber trifulcas de malas consecuencias. Los bailes del Real tenían más prestancia, pero también se retozaba. En la calle funcionaban por las noches con un mes de anticipación al carnaval, las estudiantinas bien orquestadas con instrumentos de cuerda y en las que eran muy solicitados los panderetólogos, algunos de gran mérito. Se aderezaban con trajes convencionales de estudiante antiguo, indumentaria que no creo haya existido nunca de tal guisa.

En tales estudiantinas figuraban estudiantes y otros muchos que no lo eran, sino en gran parte barberos y también músicos profesionales.

El erudito académico de la Historia y Catedrático de la Universidad de Madrid, D. Eduardo de Ibarra, dice en un artículo titulado «El traje escolar», publicado en 1935 en el tomo I de los «Anales del Museo del Pueblo Español»: «Este traje pintoresco históricamente

falso, es invención de un pintor español, cuyo apellido no recuerdo, quien lo imaginó en 1878, cuando se formó en España una estudiantina para asistir a la Exposición Universal en París de este año».

También dice el Prof. Ibarra que según una R. O. de 11 de Julio de 1770, se prohibía a los estudiantes mezclar las prendas de los distintos trajes (seglar y eclesiástico), v. g. usar manteo con sombrero redondo o gacho: «los seglares recojan las alas en tres puntas y los eclesiásticos en dos». Esta R. O. es, por lo tanto, la que dió nacimiento *legal* al sombrero de teja de los curas.

Eran peste en los días de carnaval las comparsas pedigüñas de cojos y mancos, tales como las de los «Siete Niños de Ecija», vestidos de bandoleros zarzueleros, cantaban canciones más o menos graciosas con retencencias de carácter político. Comparsas también cancioneras eran las de negritos cubanos con la cara tiznada y trajes a listas anchas. Los disfraces callejeros que más abundaban eran los diablos rabudos y saltarines; los de gitano, con pantalón acampanado, chaquetilla con alamares, sombrero alto de catite y descomunales tijeras de palo en la faja. Otros disfraces eran el de niño zangolotino con las piernas peludas al aire, enaguillas, gorrito de tela blanco o chichonera y sonajero. Dominaban en número las máscaras zarrapastrosas con indumentaria del otro sexo.

El carnaval callejero prolongado durante tres días era fiesta molesta y cansada que es de suponer no vuelva a retoñar; aparte de otros motivos por la intensidad creciente de la circulación urbana.

En el Ateneo, que estableció su sede definitiva en la calle del Prado, al caer la tarde se reunían personas de intelectualidad distinguida o que presumían de ello, formándose corros y tertulias entre las que destacaba la del saloncito denominado la «cacharrería», con sus conspicuos personajes y tipos pintorescos. En la biblioteca, bien surtida, confortable y de fácil consulta, realizaron su labor muchos ingenios de aquel tiempo. El salón de sesiones sirvió de escuela parlamentaria a muchos aspirantes a políticos y en él se desarrollaron y discutieron temas científicos, literarios y artísticos de toda clase y especialmente sociales y políticos, con gran libertad y tolerancia de los polemistas y del gobierno de la nación; el cual con cierta marrullería lo consideraba como válvula de escape del vapor popular.

Durante mi vida estudiantil apenas frecuenté el Ateneo; no me atrajo por entonces, prefiriendo una partida de carambolas a aquellas disquisiciones político-sociales. Por otra parte contaba para las necesidades de mis estudios, con la biblioteca del Ministerio de Marina, que entonces estaba junto al Senado, en la que había un señor bibliotecario, que con gran afabilidad atendía a los pocos estudiantes que allí acudían, aconsejándonos respecto a los libros que nos convenía consultar. A la Biblioteca Nacional, que aún no se había trasladado al edificio que ocupa en el Paseo de Recoletos, no fui arriba de tres veces; pues la primera no conseguí me sirvieran el libro, la segunda tardaron media hora larga en entregármelo y la

tercera al salir y recoger mi bombín nuevo, encontré en su lugar otro mugriento con medio kilo de tiras de papel bajo la badana.

La sustitución de la tracción animal en los tranvías por la eléctrica, no se realizó hasta los comienzos del siglo XX; la primer línea de tranvías eléctricos se inauguró en 1898.

Los grandes inventos que en la actualidad han transformado el modo de vivir; el motor de explosión que dió origen al automovilismo y a la navegación aérea, con su consecuencia de prácticamente acortar distancias y acercar lejanías, estaba en germen. El fonógrafo y el cinematógrafo estaban, asimismo en gestación, apareciendo al público cuando el siglo XIX terminaba, como sorprendentes curiosidades científicas.

En los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, fué cuando la generación de mi tiempo, apreció el gran cambio que se operaba por los inventos científicos que han transformado el modo de vivir de los hombres. La gestación de la mayor parte de las conquistas científicas de los últimos tiempos, corresponden a esfuerzos realizados en los años finales del siglo pasado, aunque el nacimiento, el desarrollo y la difusión de los inventos, fuese en los primeros años del presente siglo. Considerando la cuestión con amplitud, debemos estimar que la segunda mitad del siglo XIX fué un período glorioso de gran desarrollo científico, en el cual las ciencias físico-químicas y naturales se consolidaron en firmes cuerpos de doctrina y comenzaron a florecer y fructificar; florecimiento y fructificación que continuó, con creciente intensidad y desarrollo durante el transcurso de la primera mitad del siglo XX.

EDUARDO H. PACHECO



IDEARIO EXTREMEÑO

El objeto de la política es solamente mirar por los intereses de la nación; ésta y no otra debe ser la política de España; las demás son políticas de bandería, son políticas de partidos.

DONOSO CORTES

LA PALABRA CLASICA Y LA PALABRA ROMANTICA

ME es muy difícil alcanzar a señalar qué últimas y decisivas diferencias hay entre la palabra hablada y la palabra escrita. No basta decir que la palabra oral tiene más énfasis, una velocidad y un ritmo esenciales, puesto que sale envuelta en músicas, radiando el tono, el gesto y el timbre del apóstrofe y la interpelación, ni que es palabra viva y caliente que se enciende con la interlocución, con la presencia de alguien a quien se dirige... No basta todo esto y siempre nos queda el insosiego de no haber dicho lo decisivo de esa diferencia, porque, además de la palabra escrita para ser leída, y la palabra hablada para ser escuchada en vivo, hay la palabra que se escribe para ser hablada o recitada y declamada, como hay la palabra que se habla para ser escrita al dictado. Hay quien da oratoria a la palabra escrita como si estuviera ante un público inmenso y congregado; o como si el autor-orador se erigiera en auditor multitudinario de sí mismo; y hay quien habla oralmente, pero con estilo escrito, como si estuviera escribiendo. Unamuno escribía como hablaba, como si él mismo fuera recogiendo en notas y luego repitiendo por escrito, lo que antes había hablado. Valle-Inclán, al revés, hablaba como escribía, como si él mismo fuera aprendiéndose de memoria lo que ya tenía escrito... Los políticos oradores suelen escribir como si estuvieran hablando ante multitudes; esa es la impresión que da la lectura de Castelar o García Sanchiz. Pero hay quien habla con estilo de crónica o narración, como Galdós, o de disertación, como Don Juan Valera. Hay financieros que hablan como si redactaran cartas, y burócratas que parecen hablar en tono de oficio y papel sellado: «Sírvese usted...» «Me es grato comunicarle...»

Me gusta llamar a una, a la palabra que parece dictada para escrita, la palabra «clásica»; y cognominar a la otra, a la que parece oralmente pronunciada, palabra «romántica», sólo porque me parece que representan bastante bien a los dos tipos históricos: románticos y clásicos... Pero sin creer que, por eso, haya yo señalado, al fin, la última y más fina diferencia entre ambas clases de palabra. Es una distinción que me resulta útil para caracterizar tiempos de la Historia y tipos de hombre. Por de pronto, la palabra romántica parece encendida, hecha de la tela del fuego, en tanto que la clásica ya sea en sí más duradera y consignada a lo eterno, pues es más duradero y próximo a lo imperecedero el espíritu de fuego que la palabra de piedra... Por de pronto, la palabra romántica es más apta para la transmisión oral, mientras la clásica se resiste a la evocación de